

Esta mañana se han transportado heridos á Behovia, y siguen llegando. Aquí hay mucha confusión de curiosos, parihuelas, tropas y oficiales que van y vienen.

*A las nueve y media.* Los ingleses entran en Irun y ocupan una casa en lo interior de la villa.

*A las diez.* Despues de un cañoneo y fusileo muy vivo, los *Riflemen* se han apoderado del fuerte del parque. Todas las tropas de infantería y de caballería rodean el fuerte, cuya guarnición debe de haber sido pasada á cuchillo.

En lo interior de la villa, la calle se defiende con calor. La casa de ayuntamiento sostiene todavía el fuego; pero no tardará en entregarse por capitulación.

Las campanas de Irun se han echado á vuelo.

P. D: Las casas de ayuntamiento han capitulado.

El Sr. corregidor ha publicado la siguiente comunicacion: *Behovia, 17 de Mayo de 1837.* Mr. Balasque: todo está concluido. Se ha tomado Irun y sus reductos.—Firmado.—Heraut.—El comisario especial de policía, Faulché.

*Unidad simbólica y destino del hombre en la tierra, ó Filosofía de la razón: por un amigo del hombre. Obra dedicada á la infancia de Isabel II, Reina de España. Madrid, 1837. Dos tomos en 8º*

Esta obra, como anuncia su mismo título, es de moral filosófica; y aunque el sistema de nomenclatura, adoptado en ella, sea nuevo, no lo es el resultado práctico, ni podría serlo, porque en materia de moral nada nuevo puede ya decirse. El objeto de la obra es probar que *no hay felicidad sin la virtud*; que la virtud es la única fruición verdadera de la vida humana; y que todos los demás goces, en que el vulgo de los hombres pone su ventura, son anulados necesariamente por compensaciones anteriores de *necesidad*, ó posteriores de *dolor*.

El autor deduce esta consecuencia de un sistema metafísico de deducciones, emanadas del hecho de la creación. La brevedad de un artículo de periódico no nos permite seguirle en todas ellas: bastará indicar las principales.

Dios, creador y moderador del universo, es llamado en toda la obra *La unidad simple*; y el universo creado, la *unidad compleja*, porque segun el autor, se encuentran en todo él y en sus diversas partes dos fuerzas, una de *impulso*, otra de *moderación*: la primera tiende á la separación, á la disolución: la segunda á la unión, á la *armonía*. Estas dos fuerzas, obrando á un mismo tiempo, hacen el universo *uno*, y de esta manera es símbolo de la *unidad simple*, perfecta é inefable del Creador.

Estas dos fuerzas se encuentran en las masas celestes, y producen la *unidad y armonía* de los sistemas planetarios. Una es la de *impulsión*, que si obrara sola, arrojaría los astros por las tangentes de sus órbitas, los alejaría á distancias infinitas, y destruiría el orden del universo; y otra la de *atracción*, que modera el impulso, retiene las masas en sus órbitas, y conserva sus relaciones mútuas. No es difícil probar esta duplicidad de fuerzas en los demás seres del mundo físico.

Encuéntranse también en el mundo puramente animal. El insecto mas imperceptible siente deseos, que constituyen su *impulso*, y que *modera* la satisfacción de ellos. Su vida se reduce á esta continua armonía, establecida entre las necesidades y los medios de satisfacerlas.

Las armonías del universo físico y puramente animal no admiten perturbación alguna; porque no siendo libres ni uno ni otro para infringir la ley impuesta por el Criador, no se separan ni en un ápice del destino para que fueron criados, y siempre son símbolos fieles, aunque complejos, de la *unidad creadora*.

Pasemos ya al mundo de las inteligencias. El hombre posee en el amor de sí mismo y en el entendimiento, potencia activa empleada incesantemente en buscar los medios de su felicidad, el principio del *impulso*; y en su conciencia, donde reside el sentimiento íntimo de la justicia y del amor á sus semejantes, el principio *moderador*. El primero, obrando solo, le lleva á la separación, al aislamiento, al egoísmo: el segundo, aplicado al primero, y en combinación con él, produce la *armonía social*, es decir, la *felicidad y la virtud*.

Pero el hombre es libre; y el autor refuta victoriosamente á los pseudo-filósofos que han querido despojarle de la mas noble de sus prerogativas. Puede abandonarse exclusivamente al *impulso*, infringiendo la ley de armonía, impuesta por el Criador, y entonces cae en el *error*, es decir, busca su destino y su felicidad donde no está; y puede al contrario

combinar el moderador con el impulso, la conciencia con el entendimiento, y en este caso es virtuoso y feliz, y verdadero símbolo é imagen de Dios, porque hace por elección lo que el universo físico hace ciegamente.

Al entendimiento guiado por la conciencia de nuestro autor le dá el nombre de *razón*.

En el primer tomo se trata de impugnar algunos errores antiguos, como el de Epicuro, que atribuyó á Dios la impotencia de desterrar el mal del universo, y el de los que quieren quitar á la voluntad humana la libertad de indiferencia. Trata también de la línea que divide lo que es permitido al hombre saber, y lo que es preciso que se resigne á ignorar siempre. El mejor de estos capítulos en nuestro entender, es el que tiene por título el *bien ó goce* del hombre. En él está desenvuelta con suma exactitud la teoría de las compensaciones que anulan las funciones físicas, y por consiguiente combatido el error de los siglos corrompidos y materialistas, en los cuales se coloca exclusivamente la felicidad en los placeres de los sentidos.

El autor funda muchas de sus reflexiones en las ideas del *infinito* y del *infinitésimo* matemático. A nosotros nos parece que segun el estado presente de las ciencias exactas, el *infinito* (este nombre se da al cociente de cualquier cantidad partida por cero) es el índice de la absurdidad de la cuestión que lo produce. Los infinitos é infinitésimos de primero, segundo &c. grados, segun la nomenclatura inexacta de Leibnitz, no son mas que los diferentes términos de una *fluxion* ó de una fruición, desenvuelta segun el lenguaje exacto de Newton, en potencias del aumento de la variable. Ambas nomenclaturas dan sin embargo iguales resultados, porque se sabe lo que se entiende por las palabras. Cuando se dice, por ejemplo, segun el lenguaje de Leibnitz, que el *círculo es un polígono de infinitos lados infinitamente pequeños*, solo se quiere decir que el círculo es el límite á que se van acercando, *sin poder llegar á él*, los polígonos inscriptos á proporcion que se aumenta el número de sus lados. La expresión *sin poder llegar á él*, indica la absurdidad que Leibnitz expresó por la palabra *infinito*. La nomenclatura de Newton es rigurosa y exacta: la de Leibnitz, aunque inexacta, simplifica mucho las operaciones del cálculo infinitesimal.

Así no puede decirse, hablando con exactitud, que el punto sea una parte infinitesimal de la línea, ni que esta se componga de infinitos puntos. El punto es el extremo de la línea al cual se irán acercando, *sin poder confundirse con él*, las divisiones y subdivisiones sucesivas que se hagan de la línea.

Así, pues, no pueden entrar en el dominio de la metafísica los infinitos é infinitésimos, que significando en matemáticas la sustracción de límites, significan una absurdidad, porque toda cantidad tiene forzosamente límites.

También nos parece que se podrían haber desterrado al capítulo de la línea que sirve de límite á nuestros conocimientos, la manera de coexistir Dios y el mundo y la época de la creación. Estas son cosas á que no alcanza la inteligencia humana, y que necesitan del auxilio de la revelación. No así la cuestión del optimismo, pues es claro que es posible al Omnipotente cuanto no implica contradicción metafísica: ni la de la inmaterialidad del alma, por cuanto sus operaciones son incompatibles con las propiedades conocidas de la materia y del movimiento.

El autor cita en la pág. 89 y siguientes una carta de Newton al Dr. Bentley, en la cual manifiesta que no puede explicar por causas naturales, sino por la voluntad del Criador, el fenómeno de hallarse reunida toda la materia luminosa de nuestro sistema en un solo cuerpo que es el sol, y distribuida la opaca en varios, que toman el nombre de planetas, satélites y cometas. Nosotros no creemos que estas investigaciones estén mas allá de la *línea divisoria* de que hemos hablado. El verdadero filósofo indaga las causas de los fenómenos naturales hasta donde puede. Newton consiguió reducir á una ley universal la fuerza moderadora que retiene á los planetas en sus órbitas; y aun calculó la fuerza inicial de impulso de cada uno. Despues de él, se han hecho esfuerzos para reducir la fuerza de impulsión á una ley universal, como lo está la de atracción. Hasta ahora han sido vanos estos esfuerzos; pero ¿quién podrá asegurar que lo serán siempre y que no podrán reducirse á una propiedad de la materia y á un principio universal las velocidades iniciales de los cuerpos celestes?

En el segundo tomo desenvuelve el autor su sistema, demostrando la sinonimia de *virtud y felicidad*, y probando